

Este poeta, en síntesis, es digno de la gran estimación que se le profesa. Con la natural expansión de sus alegrías y sus dolores ha enriquecido notablemente la poesía de su país, y contribuido cual pocos á la ilustración literaria de Hispano-América.

XI

Nunca se ha visto el mundo como al presente, favorecido con mayor número de escritores y de poetas.

En los diversos ramos de la literatura existen verdaderos ejércitos que se disputan la victoria á filo de pluma, sacando á manera de chispas, con el choque de sus aceros, ideas más ó menos brillantes, pero que no viven más que las chispas.

Mares de tinta corren y no se dan jamás por satisfechas estas batalladoras legiones del pensamiento.

Aquí y allá, vense las insignias de capitanes famosos, que, si suspenden las miradas por un momento, no fijan sus victorias en

ningún punto, ni someten á sus armas tantas voluntades como quisieran.

Vivimos en el siglo literario de la *Anarquía*. No nos faltan por eso, ni los petardos aplicados á la reputación de grandes autores.

Ya no hay dioses en nuestro cielo, y hasta los más pequeños hombres de pluma, soñando con una absurda igualdad, reniegan de sus modelos y trabajan hoy inconscientemente, por la demolición de toda grandeza filosófica ó literaria.

Un Victor Hugo, un Herbert-Spencer, como un Zola, soportan del mismo modo, los ataques de muchedumbres enteras, no ya en nombre de principios morales reconocidos, sino por culpa de esa inestabilidad de criterio que se parece mucho al desequilibrio y que reconoce su origen en la diversidad de sistemas, teorías, lucubraciones y hasta torpezas vulgarizadas con la lectura.

A mayor número de sacerdotes ó de iniciados, menor número también de fieles y catecúmenos.

Y si de la filosofía y literatura en general, pasamos en particular á la poesía, el conflic-

to de gustos, la diversidad de pareceres, no es menos grande á la fecha.

Agotada la lucha de clásicos y románticos, abriéndose paso el naturalismo, nuevas prácticas que no merecen siquiera el nombre de escuelas, pugnan hoy por suceder á las otras, con el pretexto de que ya han muerto y de que insuficientes son para interpretar los adelantos del siglo.

A cada momento oímos hablar de *simbolistas*, *neo-místicos*, *parnasianos*, *decadentistas*... Pero, ¿qué significan todas estas denominaciones caprichosas en poesía? luchas de heresiarcas contra el dogma universal del buen gusto y de la razón!

Ninguno de estos sectarios tiene derecho de proclamar su escuela,—llamémosla así concediendo mucho,—como la verdadera, como la que mejor responde al movimiento del siglo, porque el siglo actual se mueve en direcciones tantas, que no hay manera de fijar el rumbo de todas y mucho menos de sujetarlas á una orientación común, que es lo que pretenden esas escuelas.

Lecomte de Lisle, Beaudelaire, Nerval, Riche-

pin, Verlain, de Vigny, habrán sido y serán á su manera, notables artistas, hombres de exquisito gusto y espontaneidad en sus producciones, pero no redentores á lo Jesús, capaces de hacer triunfar su doctrina universalmente.

No es cierto, por otra parte, que el romanticismo, el naturalismo y aún el viejo clasicismo hayan muerto. Muy ilustres representantes de aquellos géneros alientan todavía para solaz de quienes no se conforman con algunas de las extravagancias puestas en boga.

España, que no ha seguido el movimiento francés tan ardorosamente como sus hijas las repúblicas colombinas, conserva su poesía menos robusta quizá, pero menos viciada también que la de nosotros, por un exceso que llamaré de inoculación.

Entre los pocos representantes del modernismo en España, se destaca Salvador Rueda en primera línea. Este poeta que simpatiza mucho con los americanos, es un ejemplo curioso de impresionabilidad refleja en literatura. Seducido por algunas brillantes muestras del arte francés aclimatado en Amé-

rica, há varios años que se lanzó por ese camino, llevando su entusiasmo hasta hacer pública la admiración que siente por Rubén Darío, Julián del Casal y otros poetas americanos que han educado su gusto lejos de España.

Los torpes imitadores deben saber sin embargo, que Rueda, siguiendo tal ó cual nuevo procedimiento en sus versos, no ha adquirido la gracia que le distingue. Su talento poético que yo proclamo grandísimo, es adaptable á cualquier escuela; como que no es empleando cierta métrica y determinado número de vocablos que bastan para el consumo *hispano-americano-decadentista*, con lo que logra este poeta arrancar aplausos.

Salvador Rueda, con su imaginación, frescura y verbosidad andaluzas, será siempre español á despecho de las innovaciones rítmicas que persigue y de las excentricidades francesas á que ha solido entregarse. Temperamento rico de sensibilidad, espíritu de movilidad asombrosa, en cualquier forma que escriba, será un poeta brillante y de los nacidos para agradar.

¿Hasta cuándo no se convencerán los intonsos, de que en poesía no existen más que dos grandes categorías independientes de la escuela y el gusto dominante en ciertas épocas veleidosas?

Poetas buenos y malos : he ahí la única distinción que hace el juicio universal de todos los tiempos.

¿Qué hay de común entre Jorge Manrique, Fray Luis de León, Bécquer y Núñez de Arce?

Sin embargo, estos poetas de tan diferentes escuelas, fechas, productos é inclinaciones, hállanse comprendidos en la primera categoría : en la de los buenos.

Pero, sin buscar culminancias como términos de comparación hasta cierto punto arriesgados, descendiendo á la multitud de poetas de nuestro mundo contemporáneo, preciso es, hoy más que nunca, de tolerancia para sus distintos caprichos ó singularidades de escuela.

Respetando la diversidad de formas con que tantos ingenios se nos presentan, buscar debemos lo substancial de su poesía. Cualquiera que sea la vestidura, ella no puede ocultar las deformidades del cuerpo. Lo mis-

mo reconoceremos á un jorobado entre la capa romántica, que bajo el frac ceremonioso *decadentista*.

Por eso es que al ocuparme de los más jóvenes poetas de México, prescindiré de la escuela á que pertenecen, para señalar únicamente las bellezas de distinto género que ostentan en sus trabajos.

Y al verdadero crítico permitido no le está proceder hoy en otro sentido, si no quiere confundirse con tantos dómines indigestos que, zurriago en mano, van castigando en nombre de Dios y de la Virgen, á todos los infelices que no responden á las preguntas de su cartilla.

En la llamada crítica literaria, efectivamente, sobran esos maestrillos biliosos, que no ven una cuarta más allá de sus antiparras. Indigna verles cebarse contra algunos poetas, ora porque se manifiestan, éstos, incrédulos, ora porque se expresan en términos que, saliendo de la vulgaridad, escapan á la penetración de tales maestrillos.

Preferiré yo en todo caso pecar de benévolo, á aparecer injusto y agresivo con quienes se

inspiran en los ideales que no son míos. En el caso contrario de simpatía, sin llegar al extremo de una parcialidad ridícula, sustraerme tampoco será posible al cariñoso recuerdo de algunos bardos amigos, con quienes he vivido en contacto diario, allá, en esa hospitalaria tierra de México. Y al hacer esta salvedad, es porque ha llegado el momento de que me ocupe de un médico poeta originalísimo: de Porfirio Parra, mi amigo muy querido, que ha dicho así, cantando *A las matemáticas* :

¡ Lo grande y lo pequeño, todo mides!
Lo incógnito descifras
con el arte sublime de tus cifras,
¡ ciencia de los Pitágoras y Euclides!
El sitio en que resides,
templo de la razón en luz bañado,
del saber erigido en la alta cumbre,
jamás profanará la duda inquieta.
De la verdad el sello te fué dado,
arde en tu frente creadora lumbre,
hay en tu voz alientos de profeta.

¿Cuál de las ciencias al tender el vuelo
á alturas tales encumbrarse aspira?
Rozas con tu ala gigantesca el cielo;
muy debajo de tí la tierra gira,

tu mirada sagaz, penetra el velo
con que envolvió Naturaleza al mundo;
todo cede á tu esfuerzo de coloso;
gime bajo tu yugo el mar profundo,
persigues al planeta vagabundo;
mide los orbes tu compás grandioso...

En la nada fecunda de tus ceros
quise abismarme, conocer los ritmos
con que normas tus cálculos severos,
llegar hasta sus límites postreros
en alas de tus raudos logaritmos.
¿ Qué voz potente celebrar pudiera,
¡ oh! ciencia de los números, adusta,
el copioso raudal de tus conceptos?
¡ De cuán varia manera
de los guarismos la legión augusta
al tenor de tus útiles preceptos
suele agruparse en una y otra hilera!
Como en veloz carrera
al ciervo acosa la tenaz jauría,
unas de otras en pos, así se lanzan
á descubrir el número buscado
tus cifras, aritmética sublime;
le atisban, le persiguen y le alcanzan
aunque esté de tinieblas circundado...

Después de haber leído estos versos preguntaremos ¿á qué escuela pertenece Porfirio Parra?

Averiguarlo importa muy poco. Basta sa-

ber que el poeta es de los modernos que se inspiran en cosas grandes y que acometiendo tamaña empresa de cantar á las matemáticas, hizo lujo de fuerza, porque echaba un enorme peso sobre sus hombros. Aunque por esta razón más parezca discípulo de Hércules que de Apolo, no cae rendido por la fatiga Porfirio Parra, ni deja de verter flores en e desarrollo de esta excéntrica poesía :

Se alza de la arboleda soberano
el álamo gentil, ramos frondosos
su trono erguido sin ceder sustenta ;
compiten con las ricas esmeraldas
de su follaje inquieto, las guirnaldas ;
la vista mira atenta
bellezas tales y la voz las cuenta ;
entre sus verdes y lozanas hojas
suspira el aura y tímida avecilla
exhala en dulces trinos sus congojas ;
discurre al pie la clara fuentecilla,
blanda lluvia refresca
la copa altiva, airosa y pintoresca,
ó hiriéndola del sol los rayos de oro,
cual manto bienhechor cubre su sombra
del verde prado la florida alfombra.
Y el ánimo se olvida,
al contemplar tan rara gentileza,
de la raíz tortuosa y escondida

que con su áspera, oscura y vil corteza,
tanta pompa sostiene, tanta vida!

Así también, cuando triunfante el hombre
salva con puente audaz la cima negra,
ó taladra la roca resistente,
y la soberbia cúpula fabrica,
ó cruza en alas del vapor ardiente
el suelo inmóvil y la mar hirviente,
la fama vocinglera lo publica ;
y acaso afrenta con ingrato olvido
á la ciencia que urdiendo silenciosa
su fórmula sagaz, maravillosa,
á la materia indómita ha rendido.

Descorred de las vanas apariencias
el denso, el torpe velo,
que la mansión del Álgebra sublime
mancha y esconde cual la nube al cielo !
Mirad, mirad : lo que antes parecía
tétricas ruinas, páramo infecundo,
confusión, soledad, tiniebla fría,
trocóse en prado, en continente, en mundo
que al abrigo del símbolo crecía !
¡ Oh ciencia de los cálculos grandiosa !
cuánta idea, qué luz, cuánta hermosura
desconoce el profano
burlado por tu austera vestidura !
Tenebrosa cuestión, enigma obscuro
como el que traza misteriosa esfinge
el hombre te propone ; presto brilla
el fanal vivo que tu ingenio finge,
y hace surgir la solución sencilla...

En la alba frente del papiro terso,
trazas tú misteriosos caracteres
que á modo de conjuro
abren el antro obscuro
que esconde los misterios de los seres.
Como el sol refulgente
el velo rasga de la torva noche
que la risueña faz del mundo oculta,
ilumina tu luz esplendorosa
la sima pavorosa
que á la verdad incógnita sepulta.

Esta poesía á las matemáticas, publicada en 1887, es muy larga y demuestra un ingenio superior en quien ha podido concluirla sin experimentar cansancio ni menos producirlo en el ánimo del lector. Bien es cierto, que la materia no puede interesar á la multitud, pero hay que admirar el talento vigoroso de Parra en tal ejercicio. Siendo la empresa digna de nuestros tiempos, ¿no contrasta notablemente también, con las inspiraciones afeminadas de tantísimo poeta de fin del siglo?

El canto *Á las matemáticas*, es una prueba más en favor de la poesía de México, que como rosal florido, después de invadir el llano,

trepaba hasta la helada cumbre científica para colgar allí sus festones.

Parra, antes que poeta es un sabio. Compañero de Acuña en la Escuela de Medicina, ha logrado distinguirse desde muy joven, con trabajos profesionales de mucho aliento. A profundos estudios científicos, une los más variados conocimientos en filosofía y artes. Jefe de la escuela positivista en México, daba en 1892 conferencias públicas á que asistía una concurrencia numerosa y selecta. Orador de grandes recursos, lograba prosélitos en buen número, é interesaba con su dialéctica á muchos fríos razonadores que no convalidarán jamás con las utopías de Augusto Comte.

Allá, en la intimidad de nuestras conversaciones, alguna vez quise demostrarle que la llamada *Religión de la Humanidad*, era un sueño noblemente inspirado, pero al fin, nada más que un sueño.

— Usted, hombre de ciencia,— decía yo á Parra,— mejor que nadie conoce la imposibilidad del triunfo de su doctrina. ¿Cómo quiere usted que la fiera humana siga los dicta-

dos de la razón y de la justicia, sin cambiar completamente de naturaleza, ó sea contrayendo á las leyes animales á que está sujeta y que determinan fatalmente lo que ha de ser en el mundo? Transformar en honrado á un pícaro, en generoso á un malvado, por medio de la predicación del Evangelio, llámese cristiano ó positivista, equivale á transformar á un lobo en cordero, á una serpiente de cascabel en paloma. Ese altruismo de que nos hablan Comte, Littré y últimamente Ingersoll, reclama de la humana especie, una igualdad absoluta y por consiguiente, absurda, de sentimientos; una conformidad de espíritu, una bondad genuina ó total ausencia de egoísmo que sólo puede hallarse en los ángeles. Mucho más lógicos los cristianos, libran á la gracia divina este perfecto triunfo de la justicia en los hombres. Esos discípulos de Cristo que hablan con desprecio de vuestra ciencia positivista, son en el fondo más positivistas que ustedes. Ellos encomiendan el alma á Dios, pero no olvidan aquí abajo, las imposiciones de la materia vil, gobernando la sociedad con arreglo á lo

que hay de más *positivo* en esa materia y sin andarse con repulgos para fusilar, ahorcar ó repartir azotes cuando lo creen indispensable á sus intereses.

Parra, que era en 1892 positivista de buena fe, pero sin alcanzar al ilustre chileno Lagarrigue en santidad de costumbres y consagración al altruismo, acabará probablemente, por no predicar las doctrinas de Augusto Comte. Ya en la época de sus positivistas fervores, había dado de mano á los ensayos espiritistas en que también se lanzara un tiempo, obedeciendo á los impulsos de un alma soñadora y calenturienta.

En 1891 publicó Parra, *El Agua*, poema lírico descriptivo, que supedita en galas de buen decir *Á las matemáticas*. Esta obra bastaría para acreditar á su autor entre los mejores poetas americanos.

Comienza así:

Con qué raro tesón, con qué abundancia,
siempre ostentando galas y hermosura,
por el variado imperio de Natura
fué esparcida tu límpida substancia !
Qué variedad de formas, qué primores

al cielo plugo darte,
en hielos, en corrientes, en vapores,
sobre el macizo globo al derramarte !
Caminas en el río,
en el salobre mar inquieta ondulas,
en el pantano fétido te estancas ;
el penetrante frío
te trueca en masas sólidas y blancas,
y á su áspero contacto,
de la móvil fluidez perdiendo el vuelo,
en el seno pacífico y compacto,
yaces cautiva del inmóvil hielo ;
ostentas leves alas
cuando en vapor trocada, al par del ave,
cruzas veloz por las etéreas salas,
y en los cielos azules,
ora amontonas el nublado obscuro,
ora despliegas el ropaje puro
de finas gasas y ligeros tules.

Doquier vuele la ardiente fantasía,
siempre te encuentra. Mansa resbalando,
frescura das á la arboleda umbría ;
el suelo penetrando,
huyes del beso abrasador del día
escondidos remansos figurando ;
la áspera faz de la caverna fría
lamiendo silenciosa, pulimentas ;
de sutil humedad pueblas su ambiente
y sus misterios mágicos aumentas
cuando producen argentinas notas,
cayendo lentamente
como invisibles lágrimas, tus gotas.

Si tu belleza insultas
cuando de ricas galas despojada
en subterráneos lóbregos te ocultas,
¡ cuán hermosa renaces á la vida
y te ostentas del sol á la mirada,
si de rumores plácidos henchida,
y por vívida luz acariciada
y de reflejos mágicos vestida
desenvuelves tu linfa transparente
en juguetona y límpida corriente !

En el seno del mundo
como savia vivífica circulas ;
esfaltando la faz de amenos valles
en cristalinos lagos te acumulas.
La tierra surca, de tus vastos ríos,
ya rápida, ya leda, la corriente,
y los mares bravíos
del planeta cual amplia vestidura,
de un continente al otro continente
desarrollan su líquida llanura.

Del calor con el ósculo fecundo
tu sér se espacia é invisible sube
desde la charca vil, del lodo inmundo,
trocado en gentil nube
que el resplandor solar matiza y dora,
y á poco de los cielos te desprendes
y rápida descendes
en los hilos de lluvia bienhechora.

¿ Qué fuerza audaz á encadenar se atreve
oh líquido sutil, resbaladizo,

tu substancia que aligera se mueve ?
¿ Quién tu fluidez deshizo
en los aéreos copos de la nieve,
en el tímpano sólido y macizo,
en los recios pedruzcos del granizo ?
¡ En vano el rubio Apolo
sus inflamados ósculos te envía,
cuando te extiendes como veste fría
en las excelsas cumbres y en el polo !
.....

Lujo de fantasía hace Parra en esta composición sin aspereza alguna y que resbala como el agua, tan mansamente, al oído.

Sólo la atenta contemplación de la Naturaleza puede desarrollar en el hombre este vivo deseo de interpretarla. Y en obediencia a esa misma naturaleza que le impresiona, es que el poeta, con los signos de la escritura, ha podido obsequiarnos obra tan bella.

Pero no debo anticipar un juicio en los comienzos de dicha obra y vale más que reproduzca algunos otros fragmentos de ella, que justifiquen mi elogio á Parra.

¿ Cómo imitara el débil canto mío
el áspero rumor, la ronca queja,
que en su largo correr exhala el río ?
Cuán extraño concierto no semeja
de voces, de ayes, de infantiles risas,
de carcajadas locas,
el arroyuelo que la espuma esmalta,
cuando festivo salta
cual juguetón rebaño entre las rocas !
.....

Con cuánta gentileza te enamora
la alegre y sutil luz ! Cómo te besa,
y te viste, te halaga, te colora
y por tu seno diáfano atraviesa !
Al encontrarla por quebradas rutas
alegre le sonrías,
y ella trueca tus gotas diminutas
en perlas, en diamantes y en rubíes.
.....

Las linfas ondulantes de tu seno
son blanda cuna y floreciente emporio
de las mil formas de la vida lleno :
desde el tenue infusorio
hasta el pez colosal y la ballena,
seres sin cuento en tu interior se abrigan.
Y tus cristales diáfanos
cuna, mansión y túmulo prodigan
á sus distintos géneros, pues eres
madre fecunda de animados seres,

Algas multicoloras,
blandos helechos y sedosos musgos
vegetan en tus linfas bullidoras ;
islotos colosales
el diminuto pólipos formando,
en los mares profundos va sembrando,
madréporas, esponjas y corales.
De las salobres aguas
prestan vida á los ámbitos grandiosos,
ya crustáceos deformes,
ó actíneas de calcárea vestidura,
ó en tamaño y figura
de los moluscos la légion inmensa
blandos de carnes y de concha dura,
ó el pesado queloneo que ornar suele
con diáfanos careyes su armadura ;
ó con gentil y raudo movimiento
vaga, multiplicándose con creces,
desde el arenque hasta el escualo hambriento,
la grey innumerable de los peces...

Elemento gentil, blando y prolífico,
con qué placer la fábula poblara
de tu cristal el ámbito magnífico
de muchos seres de estructura rara !
¡ Qué sirenas bifformes,
bellísimas nereidas y delfines
y serpientes y rémoras enormes,
fingió del ancho mar en los confines !
Mas, ¡ cómo á tales fábulas superas
con las diversas cuanto hermosas galas
de tu fauna y tu flora verdaderas !

Si mi crítica perteneciese al número de las pedantescas y relamidas, no dejaría de hallar en los anteriores versos, ocasión de afear á Parra tal ó cual locución vulgar y hasta inconveniente. Los esclavos de la forma, asimismo tienen derecho de motejar al poeta ciertos descuidos en esta composición, pero no podrán negar la verdadera savia poética que circula por toda ella y la novedad y belleza que esplenden en la pintura que hace Porfirio Parra, del más vulgar de los elementos.

Desde el punto de vista artístico marcan estos versos un notable crecimiento en la cultura de México, y puede llamárseles precursores de la gran poesía naturalista que duerme aún al abrigo de nuestras selvas americanas.

Sin reñir enteramente con el convencionalismo, como pretenden algunos que desconocen el verdadero valor de la poesía, bueno es que nos acostumbremos á ese lenguaje elocuente y sencillo que traducirá mañana en versos menos artificiosos que los actuales, las infinitas bellezas que nos rodean.

En tal sentido, este poema lírico-descriptivo de Parra, es un paso muy avanzado que encontrará resistencia en los que, lejos de amar la naturalidad, y por una especie de atavismo gongórico, buscan hoy para su poesía los más extravagantes afeites.

No quiero terminar este capítulo sin reproducir el grandioso final de la composición que me ocupa; final en que asoma el altruista magnificado por los resplandores del numen.

Férvido el hombre tus bellezas ama,
y tú, bienes y galas le prodigas:
Las fauces cierras de la hambrienta llama,
hinchas el rubio grano en las espigas,
y al peso de tus chorros cristalinos
truécase blanca harina en los molinos.
Tus raudales gentiles
despléganse en vistosos surtidores
y dan en competencia con las flores.
belleza, encanto y magia á los pensiles.
La fuerza sin igual de tus vapores
da á la máquina impulso sobrehumano;
hace avanzar con rapidez que aterra,
férreas locomotoras por la tierra
y naves por la faz del Oceano.
Mas ¡ay! que el hombre, de tenaz recuerdo
para extinguir la huella torturante

ó convertir la laxitud monótona
en febril arrebato delirante,
ó á vil impulso el infeliz cediendo,
desdeñar suele tu sabor divino,
y á la clara razón obscureciendo
hasta las heces bebe el torpe vino!...
¡ Cuántas veces también, trocada en brava,
la mansa, la gentil, la cariñosa,
de tu apacible condición prescindes
y eres la inundación que pavorosa
diques arrolla, que traspasa lindes,
pinos descuaja, y fiera sin entrañas,
devora al infeliz y sus cabañas;
ó eres el mar que el huracán abulta,
y á millares los náufragos sepulta!...

¡ Ay! sé para el humano siempre pía!
Tus lípidos cristales siempre mansos
á sus pasos ofrezcan fácil vía;
rieguen sus mieses y su sed apaguen;
tus vapores ardientes
hagan mover sus máquinas potentes.

Pues, el hombre, ese ser perecedero,
ha conseguido con heroicos bríos
tus torrentes vencer, domar tus ríos,
en las cimas hollar el ventisquero,
abrir amplio sendero
en tus mares inquietos y bravíos,
y trocar en titánicos motores
el impalpable tul de tus vapores;
pues, para hacer su aliada te has brindado,
logre por tí auxiliado

fiel al dictamen del saber profundo,
hábil, activo, audaz y denodado
regir como señor el ancho mundo...
Alcance de una vez su inteligencia
de tu cristal la rara transparencia;
en su ánimo pacífico y sereno
duerman siempre los pérfidos impulsos
como bajo tus lagos el vil cieno;
á la labor sus miembros preparados,
desplieguen esa fuerza incontrastable
que impulsa á los torrentes desbordados;
que como tú con superior fortuna
surque la tierra y sus entrañas mine!
¡Que como tú, los continentes una!
¡Que por los aires como tú, camine!...

XII

De que Manuel Gutiérrez Nájera es una notabilidad literaria, responden todos los periódicos que se disputan sus producciones en nuestra América.

Hace quince años, lo menos, que no cesa de verse su nombre al pie de innumerables versos y artículos, que, partiendo desde la metrópoli mexicana, corren de allí á Santiago, á Buenos-Aires, á Lima, volviendo en zig-zag, por Guayaquil á Montevideo y á Bogotá y á Caracas, en el infatigable vehículo de la prensa.

¿Qué tiene para agradar así, este escritor?

El talento simpático, entretenido, que se